

DISCURSO

de clausura de estudios en el Colegio mayor de Nuestra Señora del Rosario, leído en el Aula Máxima el día 30 de octubre de 1915

En el majestuoso concierto de voces que la capital de la República ha escuchado recientemente para honra de la nación y del doctor Carrasquilla, háse puesto de relieve, con abundancia de ejemplos, cómo este varón eximio ha contribuido con eficacia singular al engrandecimiento patrio desde los claustros del Colegio del Rosario, en un cuarto de siglo de no interrumpida e intensa labor educadora.

Todos, cual más, cual menos, tenemos algo que enseñar a nuestros semejantes, y algo que aprender de ellos. En este sentido somos a un mismo tiempo maestros y discípulos. Pero el dictado de maestro sólo se otorga al que reúne la rara virtualidad de formar las inteligencias y de nutrirlas de un modo ordenado y racional con la autoridad suficiente. De aquí que al doctor Carrasquilla se le apellide sin ambages maestro de la juventud, porque él ha hecho de la ciencia de la educación un culto, del Colegio del Rosario un altar donde a diario oficia con el ejemplo y la palabra. Su labor de educacionista es la que ha motivado la espontánea manifestación nacional que acaba de pasar, y no únicamente por el fruto cosechado en los claustros de Fray Cristóbal de Torres sino porque el doctor Carrasquilla es maestro cuando escribe para el público, maestro cuando ocupa la cátedra sagrada, maestro cuando departe con sus amigos y discípulos. Hay en él una maravillosa unidad de acción con dos fines que hermosamente se entrelazan: la gloria de Dios y de la Patria.

El hombre, en cualquiera de las manifestaciones de la vida, tiende, por necesidad natural a no extinguirse. Seguro del alcance de la sentencia divina que

pesa sobre él, desde el paraíso terrenal, lucha incesantemente por violar la ley del tributo común, sin escapar jamás a su cumplimiento. Pero el mal que el hombre mismo se labró libremente por su desobediencia, fue, en los designios inescrutables de lo alto, fuente de inagotables bienes: la muerte ha multiplicado así la vida. Destronada la criatura racional, quedóle por herencia la inmortalidad, señal del elevado fin para que fue creada y a ella va por caminos diferentes, porque si se circunscribiera la vida a las funciones naturales del organismo corpóreo, en vano buscaríamos el cielo con nuestras miradas. Lo que significa que la vida del espíritu está en armonía perfecta con nuestra naturaleza, que peregrina un instante unida a la tierra en expectativa de una existencia interminable más allá del universo que habitamos.

Si el sabio inquiere las causas de las cosas para saciar la sed de su entendimiento, si el poeta exterioriza su fantasía creadora en versos de irreprochable corte, si el artista cincela el mármol o levanta monumentos grandiosos que desafíen las modalidades del gusto de todos los tiempos, o deja vagar en notas musicales la dulzura de su alma, todos laboran respondiendo al anhelo de la supervivencia para exclamar con el poeta latino: *non omnis moriar*. El educador de veras, más que el sabio y el poeta, más que el artista y el literato, busca por senderos menos pomposos y visibles la perdurabilidad de su obra: sabe que educando en la verdad, el bien y la belleza, la semilla producirá regalados frutos: el maestro del Libertador infundió en su discípulo el amor a lo grande y de ahí resultó la libertad de un mundo.

El doctor Carrasquilla, que nos enseña la inmortalidad del alma, no quiere que su obra perezca; convencido de que los estudios clásicos son base y fundamento de toda suerte de disciplinas en el conocimiento,

dio el impulso inicial a la formación de la carrera de humanidades en este Colegio Mayor, y no satisfecho con esto, ha formado cerca de sí crecido número de discípulos, portadores de sus enseñanzas, defensores activos de la religión, heraldos de la justicia y guardianes de la integridad de la República. La Facultad de Letras y Filosofía, fundada por el doctor Carrasquilla de acuerdo con el concepto de las modernas universidades, al par que ha venido formando un selecto cuerpo de profesores, no ha dejado perder en Colombia la tradición del buen gusto, y ha servido de antemural a muchos reformadores que han querido desterrar de la educación todo aquello cuyo fin práctico no se descubre al primer golpe de la vista.

Es verdad aceptada por todos los expositores didácticos que en el campo ilimitado de la humana sabiduría, debe buscarse, ante todo y por todos los medios posibles, el desenvolvimiento de las fuerzas intelectuales a su objeto propio, la capacidad de la adaptación posterior de la ciencia: así, el entendimiento tiende a la verdad, la voluntad al bien. Iniciar ese desarrollo, sacar afuera lo que las facultades cognitivas puedan producir de la potencialidad inherente a ellas, tal la misión del educador. Realizan esta tarea en primera escala, desde los bancos escolares, en los grandes y pequeños centros de población, los humildes maestros de escuela; mas, como aquel desarrollo cognoscitivo no está circunscrito al primer despertar de la razón, síguese que la labor se continúa hasta la mayor edad y hasta la senectud, por el deseo peculiar en el hombre de apoyarse en lo adquirido por sí o por sus semejantes en busca siempre del más allá, sin llegar a alcanzarlo jamás. Organizado así el proceso de la mente en su esfuerzo ascensional, corresponde a todos los educadores proseguir desarrollando fuerzas latentes, adivinando las tendencias del alumno para colocarlo dere-

chamente en el escenario donde en definitiva haya de actuar.

Y ¿cómo no formar un núcleo especial de los estudios clásicos, si ellos son, por decirlo así, la simiente de toda fuerza intelectual que se manifiesta para indicar el poderío de la razón humana? Necesita de ellos el político, el conductor de colectividades humanas que persuade con la palabra, con el libro, con el periódico; necesita de ellos el sabio que penetra con mirada de águila en la mole convexa de los cielos para seguir y determinar el curso de los astros, o se deleita describiendo los multiplicados fenómenos de la superficie y de las entrañas del planeta; necesítalos el jurisconsulto que quiera apreciar en las fuentes del derecho escrito los moldes de la justicia humana; ha menester de ellos el filósofo para inquirir las huellas de los que amaron la sabiduría y buscaron las causas supremas de los entes, desde la confusa y abigarrada filosofía de los pueblos cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, hasta cuando Platón y Aristóteles en la edad antigua pusieron orden a los conocimientos, sembrando el árbol gigantesco del saber humano, cuyo copioso y abundante fruto surgió más tarde al contacto de la inteligencia del doctor Angélico; desde la época lejana en que pulularon los expositores de doctrinas erróneas, hasta estos tiempos modernísimos en que con ropaje diferente se reproducen las mismas antiguallas como novedades del siglo; no son menos útiles al que anda adornado con el dón de la palabra y anhele conocer los eternos modelos de la elocuencia antigua, cuando Cicerón, por no citar más, envuelto en la romana toga, gobernaba las inteligencias y las voluntades al conjuro mágico del verbo; el poeta hace uso de ellos, no imitando servilmente los asuntos, la expresión y el sentimiento de los antiguos adivinos, pero dejándose llevar por la senda del buen gusto trazada con maestría des-

esperante por los que en lejanas edades cantaron la naturaleza, la vida, las pasiones, idealizando la realidad en tanto que la realidad lo permite, haciendo real el idealismo sin que éste pierda su vaporosa envoltura; el escritor que se precie de culto, hallará en los clásicos la sencillez, si la busca, la rotundidad del período majestuoso como el inacabable rugir de nuestro Tequendama; por último, qué bien sientan estas humanidades al guerrero que quiera unir al de su espada el brillo de las letras, como cuando el vencedor de las Galias se deleitaba narrando a la posteridad en estilo peculiar, suyo, la historia de aquellas campañas memorables; como cuando Bolívar al frente de las huestes iberas, electrizaba con la elocuente arenga militar sus flacos escuadrones. Danse la mano en los estudios clásicos de este Colegio Mayor el idioma de Homero, Sofocles y Esquilo, con el que hablaron Virgilio, Horacio, Cicerón y Ovidio; andan como hermanas la literatura española con la de los demás pueblos cultos de la tierra; se tocan sin confundirse, la historia de la filosofía y la ciencia de la belleza, y como vigilándolas a todas, la didáctica, el arte de educar, a cuyo fin se encamina primordialmente el esfuerzo del doctor Carrasquilla en el Colegio del Rosario.

En un país como el nuestro, que a penas entra en la vía del progreso, ahora momentáneamente sacudido, los estudios clásicos, contra el parecer de unos pocos, son de necesidad imprescindible, no para formar eruditos, cuanto para señalar un rumbo definido a la educación.

Si el amor a las humanidades trajera solamente como resultado inmediato el desarrollo de la inteligencia y la orientación educacionista, bastaría a quedar plenamente justificada la importancia de esta carrera profesional entre nosotros. Pero a más de eso, los estudios de esta naturaleza producen la más alta delectación del

espíritu y son algo así como la fuente inexhausta de la belleza, en donde apagan la sed los corazones que sintieron mejor el ósculo del ideal.

Si penetramos en el armonioso y severo recinto de la lengua griega, de esa lengua que hubieran podido hablar los dioses del Olimpo, a nuestra vista descúbrese riqueza tal de formas dialectales, exhuberancia tal de vocablos, construcciones, modalidades de que no dan ejemplo los idiomas modernos; si nos detenemos en la literatura que vive en esa lengua de la delicadeza, trasunto de la impecabilidad de líneas de aquel pueblo besado a porfía por las aguas del mar Mediterráneo, sentimos la grandeza de la narración épica en Homero, representante primitivo del alma nacional, cuando el pueblo todo se movía a impulsos de unos mismos sentimientos, de idénticas aspiraciones; en el templo del lirismo helénico tienen asiento Tirteo, el poeta de inspiración guerrera; Safo, la apasionada, la de trágicas aventuras; Anacreonte, el aristocrático, fácil y elegante; Píndaro, el nebuloso, *monte decurrens velut amnis*, y cuyo nombre, en lo antiguo, es enseña de la más alta cúspide de la poesía lírica; el dulce Teócrito, precursor de Virgilio, cantor de la poesía bucólica; Esquilo y Sófocles concurren a dar vida a la tragedia, uniéndose al estilo grandilocuente del primero, la sencillez, pureza y humanización de los personaje del segundo; la historia tiene sus representantes en Heródoto, Tucídides, Jenofonte y Plutarco; la filosofía puede mostrar entre sus pensadores a Platón y Aristóteles, la oratoria anda personificada en Demóstenes, conciso y rápido, sublime y enérgico.

Y como el estudio de una lengua supone el de la historia del pueblo que de ella se sirvió para expresar su pensamiento, qué de emociones estéticas no despierta la tierra clásica del arte, cuando Pericles, dueño del imperio ateniense y enamorado de un alto ideal de

belleza, no solamente contemplaba el mayor desarrollo literario, sino que, con una corte de artistas presidida por Fidias, se consagró a embellecer la capital intelectual del helenismo, donde gobernaba como divinidad tutelar, Atenea Partenos. Surgió entonces el Partenón, asiento de la diosa, levantado con áticos mármoles, y cuyas ruinas, después de veinticinco centurias, alientan la inspiración de los artistas de todas las naciones; Fidias y Praxiteles imprimieron con el cincel la huella luminosa de la estatuaria, y sus preclaros discípulos regaron por todas partes la gloria del pueblo ateniense. Transportadas al occidente muchas de aquellas obras maestras, son hoy orgullo de los grandes museos y un como latir de la helénica sangre en el corazón de las naciones nuevas que ahora defienden esos centros del arte quizá con más entusiasmo que la misma integridad territorial.

Con ser tan distinto el arte griego del arte romano, no es menos rica la literatura latina que la helénica. Al lado de las líneas impecables del Partenón, encontramos la pesada mole del Coliseo romano, y la suavidad que denuncia la Venus de Milo se trueca en pasmo ante la contemplación de las estatuas de Marco Aurelio y Julio César. La lengua latina, concisa y de precisión admirable, tiene en sí la más perfecta ecuación entre las ideas y los signos que las representan; es un edificio de macizas columnas no exento de primorosas filigramas. Cicerón dejó en ella los más altos modelos de la elocuencia forense y tribunicia, y la hace servir en sus disertaciones filosóficas; Virgilio la reviste de dulzura y de delicadeza cuando invita a sus conciudadanos a dejar la guerra por la vida del campo; pónole ropaje grandioso cuando sigue en la Eneida los pasos del titán de la Hélade; Horacio, no contento con ser el rey de la lirica latina, nos deja en su Epístola a los Pisones, la crítica del arte; Ovidio llora su destierro

en sentidas elegías; César narra en ella sus campañas; Tito Livio y Tácito, la amoldan a la severidad de la Historia; Tibulo y Catulo, líricos y elegiacos, expresan en versos de perenne melodía sus concepciones poéticas, sus íntimos dolores.

Los habitantes del Lacio hablaron para todos los hombres y para todos los siglos. Dotados de sentido más práctico que especulativo se entregaron a la fiebre conquistadora y lograron que el mundo conocido se rindiera a sus plantas; pero aquel mismo sentido práctico los convenció de que las conquistas de la fuerza dejan apenas un recuerdo borroso de grandeza y poderío y de ahí que para juzgarlos valga más el acerbo de su literatura y de su arte que las dilatadas comarcas que dominaron con sus legiones invencibles. Dulce es reclinar la cabeza en el lecho de la historia dejando tras de sí tan luminosa estela. Si las naciones son como los individuos que al morir marcan en obras señaladas su paso por el mundo, aquéllas trazan en la literatura y en las artes, el signo de su permanencia definitiva en el gran libro de la historia.

Lengua muerta llamamos al latín porque ya no es idioma articulado de pueblo alguno de la tierra, ni tolera la expresión de muchas de nuestras necesidades actuales. Muerta sí, pero en su mudez de centurias vive vida de soberana y apenas permite que la cortejen los príncipes de la erudición y el estudio; muerta sí, pero cuando la Iglesia la hizo suya, la elevó al trono de Dios y le aseguró una inmortalidad envidiable.

Ni son menos dulces las recreaciones del espíritu cuando nos espaciamos en el mar sin orillas de finalidad de la literatura española, de esa literatura que dio sus primeros pasos adherida a la clámide de los posteriores Emperadores de Roma; que hizo sus primeros ensayos conocidos cantando la gloria guerrera del Cid Campeador, que dejó entrever el humorismo con el Ar-

cipreste de Hita, que mostró los gérmenes del teatro con *El misterio de los reyes magos*, que espigó en la novela dialogada con *La Celestina*, que echó las bases de la poesía erudita con Berceo, que tanteó los moldes de la lírica italiana, para infundir nueva vida a las concepciones de sus poetas; que se valió de los árabes en los principios de su prosa, que dejó en los romances el encanto de la poesía popular. Así, la literatura de la Península ascendió en su carrera de formación, hasta llegar al siglo del esplendor y de la fuerza, preparado con la realización de hechos portentosos, como fueron, para cimentar la paz, la expulsión de los moros; para dilatar el poderío, el hallazgo de América dormida en mitad del piélago profundo; para dar vuelo al pensamiento, la introducción de la imprenta. Y para enlazar el movimiento al robusto tronco del catolicismo, un Cardenal, Jiménez de Cisneros, gloria también de las letras, se torna en Mecenas de la revolución del arte literario.

¿Y para qué analizar las bellezas de todo género del frondoso bosque del siglo de oro de la literatura española, si bien conocidas son de vosotros, si están vivas no sólo en la Península sino en las naciones del habla castellana, donde se prolonga el espíritu de la raza, y por modo especial en Colombia, que ama y venera con entrañable cariño la España intelectual? Si el recuerdo de aquella centuria trae a la memoria nombres esclarecidos cuyas obras constituyen la más alta gloria del pueblo español? La fecundidad del pensamiento ibérico es tan vasta que no alcanzó a secarla la inmensa producción de la época clásica. A semejanza de la tierra que después de rendir el maduro fruto, espera al arado para ofrecer al hombre nueva y abundante cosecha, la literatura española, agobiada por el peso de tanto esplendor reflejado en sus líricos, en sus novelistas, en sus dramaturgos, en sus místicos, en sus his-

toriadores, tuvo necesidad de descansar por sucesivos lustros en que la erudición suplantó el ingenio, hasta que fecundada con prolífica savia, inició e hizo culminar el romanticismo del siglo XIX, que al igual de una erupción volcánica, fatigó en breve los espíritus y produjo un momentáneo letargo de las formas poéticas y artísticas, para reaparecer después del cataclismo político del 68, no ya como romanticismo revolucionario sino como verdadero florecimiento de las letras. Cultivaron entonces el lirismo Campo Amor, Becker y Núñez de Arce; dejan huella en el teatro López de Ayala y Tamayo y Baus, Dicenta y Benavente; ni faltaron un Ramos Carrión, un Ricardo de la Vega, un Vital Aza que matizaran con sus chispeantes comedias la adustez del teatro reflexivo y solemne; renace la novela en los moldes realistas de Fernán Caballero a quien siguen el ameno Alarcón, el elegante y erudito Valera, Pereda que amó la naturaleza cual ninguno; Pérez Galdós, el más fecundo de los cultivadores del realismo, el Padre Coloma, historiador-novelistas, la Condesa de Pardo Bazán, polígrafo eminente, discípula de Zolá, sin rival en el cuento. Y qué? ¿No bastan estos nombres por sí solos para indicar que la decadencia literaria de España tarda mucho en presentarse ante el tribunal de la historia? ¿Acaso se eclipsan demasiado estos nombres cuando se les compara con los del siglo de oro, a excepción del astro rey cuyo tercer centenario estamos cercanos a celebrar? Nó, mil veces nó; ¡salve España fecunda, que con habernos descubierto nos brindaste la leche de tu idioma en ánforas vivificadas por la religión de tus mayores!

El Colegio del Rosario no es ni ha sido ajeno a las innovaciones de la ciencia y el arte. Su espíritu es amplio molde donde caben todas las enseñanzas, y de ahí que al lado de la literatura peninsular, se recorra el vasto escenario de las del viejo y del nuevo Conti-

nente; en las primeras nos sorprende a cada paso la presencia de un genio que señala la cúspide de la cultura; en las segundas vemos renuevos de la madre, como que las hijas también tienen derecho de acicalarse y mostrar el origen de donde proceden. Por ese amplísimo sendero los estudiantes de este Colegio Mayor, van con criterio seguro, apreciando en su justo valor las obras maestras, esquivando lo que al buen gusto perjudica, analizando el rumbo de las letras a través de los siglos. Dirige la barca con segura mano una de nuestras más preciadas glorias literarias.

Ni fuera posible, en el fugaz espacio de las faenas escolares, recorrer detalladamente el inmenso panorama del arte, pero se cumple el fin primordial que es colocarnos en el terreno firme para proseguir en la recta apreciación de los modelos.

Auxilia este objetivo el estudio de la estética que buscando, ayudado de la filosofía, la esencia de la belleza, sin haberla hallado hasta ahora, se dilata a través de las leyes que gobiernan los productos de la fantasía y del talento, analiza el fundamento filosófico del arte y de lo bello, enseña la historia de las ideas que han señoreado este campo del conocimiento, refiere la no menos importante del desarrollo artístico de los pueblos del orbe, quedando en pie, como la esfinge del desierto, a pesar de tanto y tanto análisis, algo intangible y vaporoso: el alma del artista.

Y conocemos aquí la historia del pensamiento, los caminos que ha seguido la mente en busca de la verdad y de las causas supremas, y vemos cuán descarriados andan los filósofos que en sus sistemas, no desprovistos de ingenio, se alejan del foco vivificante y eterno; cuán fáciles y naturales al acercarse a aquel manantial inagotable y referir a EL lo que en vano se quiere encontrar en las criaturas. ¿Y cabe delectación en el estudio de la filosofía? La potencia que la conoce

tiende a su objeto propio—la verdad—y en cumplir el fin para que fuimos creados se encierra una de las más altas fruiciones de la criatura racional.

¿Y qué decir de aquella otra ciencia, de fin nobilísimo, que toma al niño a penas desprendido del regazo materno para despertar en él un mundo que le es desconocido, pero que le pertenece? ¡Cuán pocos conocen a fondo esta ciencia de modelar las potencias humanas. cuántos los que alardean de ella sin haber pisado siquiera los umbrales!

La brevedad del momento impide más larga apreciación acerca de las excelencias de cada una de las materias que componen la carrera de humanidades; reunidas aquéllas producen el embellecimiento del espíritu y embelleciendo, ¡cuán fácil es penetrar en el estudio de otros conocimientos! si bien es verdad que el anhelo insaciable de la belleza nos lleva a no hacer incursiones profundas en ajenos predios, a más de que lo efímero de la vida humana deja fuera de nuestro alcance vastos horizontes que a penas se columbran como los ideales inalcanzables.

¡Y pensar que en época reciente se pretendió arrojar de los estudios las disciplinas clásicas! Por fortuna las cabezas dirigentes de los dos primeros colegios de esta capital libraron la batalla, cuya victoria pertenece a la cultura nacional.

Jóvenes alumnos: clausúranse hoy las tareas escolares del presente año. La tierra ha dado doscientas sesenta y dos vueltas al rededor del sol desde que Fray Cristóbal de Torres fundó este Colegio, y el Colegio permanece idéntico a sí mismo. Hermoso año este en que se han cumplido veinticinco del rectorado del doctor Carrasquilla; hermoso y consolador año en que la nación se ha puesto en pie para celebrar la fiesta de los humildes ante Dios y ante los hombres! Porque es necesario dar a las festividades que acaban de pasar

toda la trascendencia que encarnan; en el doctor Carrasquilla se ha honrado la misión docente, se ha enaltecido la virtud del magisterio, se ha recogido un girón de gloria nacional para ofrendarlo a los que trabajan en el silencio de la cátedra, silencio que al fin se patentiza entre vítores y palmas como en la hora presente.

Las manifestaciones de respeto que la nación ha tributado a la Instrucción pública en la persona del doctor Carrasquilla, obliganlo a proseguir la senda que hasta ahora ha recorrido; pero de ello no necesita él dar muestras porque la República lo conoce y no quiere que descanse de sus fatigas, antes bien, que como sombra tutelar de la sana educación de Colombia, continúe al frente de esta fortaleza del patriotismo y del saber. Esa labor es inmaculada y digna de alabanza: pertenece a la gloria de la nación colombiana.

CARTA-PRÓLOGO

Bogotá, 20 de octubre de 1915.

Señor don Francisco Vergara Barros.--Presente.

Distinguido señor y amigo:

Verdadero placer me ha dado usted al franquearme algunos pliegos del libro que está imprimiendo y que contiene su bella traducción de Horacio. El hecho de que usted haya completado la labor que empezó desde que cursaba en los claustros del glorioso Colegio del Rosario es para sus amigos motivo de placeres; y el de que haya desempeñado su tarea con el brillo que a otros, no a este su incompetente estimador, toca juzgar y enaltecer, ha de regocijar al público, pues no es para menos la reputación que derivará la Nación de que uno de sus ciudadanos acreciente el dichoso número de aquellos que aquí y fuera han al-